

**SANTIAGO
EN 100 PALABRAS**



**LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA DECIMOCTAVA VERSIÓN DEL CONCURSO**

SANTIAGO EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA DECIMOCTAVA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Enero de 2020

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio

Edición | Vicente Braithwaite

Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez

Ilustraciones | Ignacia Ruiz, Silvana Youlton, Antonia Grun y Moriven - Francisca Luco

Inscripción n° A- 309809 en el Departamento de Derechos Intelectuales

ISBN: 978-956-9304-34-7

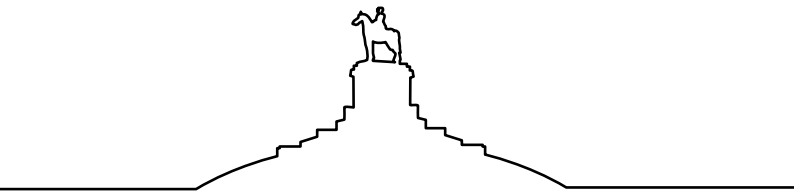
Tiraje: 100.000 ejemplares

www.santiagoen100palabras.cl

Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA

**SANTIAGO
EN 100 PALABRAS**



**LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA DECIMOCTAVA VERSIÓN DEL CONCURSO**

santiago en
100 palabras

Cuando nació SANTIAGO EN 100 PALABRAS no existían las redes sociales. O por lo menos todavía no se habían transformado en el fenómeno masivo que conocemos hoy.

La idea de abrir un espacio para que las personas de diferentes edades, ocupaciones y comunas pudieran expresar sus vivencias conectadas a la vida en la ciudad, tuvo sentido de inmediato para nosotros. Y así fue como, con los 2.691 primeros cuentos, dimos inicio a nuestra historia con Fundación Plagio para llevar a cabo el concurso.

Desde ese lugar comenzamos a vernos. A través de esas historias descubrimos lo que puede pasar por la mente en un largo viaje en metro camino al trabajo, leímos recuerdos de amores caminados en los parques y también conocimos el desconcierto y el dolor de una infancia que sufre el abuso y el maltrato. De todos lados, del oriente y el poniente de esta gran ciudad, aparecieron relatos que nos permiten escucharnos, en un territorio

que se extiende sin límites y en el que muchas veces se puede vivir sin que uno se entere de la existencia del otro.

Hoy, cuando las redes sociales parecen llenar todas las formas de comunicación y las personas desmenuzan segundo a segundo sus vivencias frente a otros, podría pensarse que ya no hay tiempo para sentarse a escribir un cuento. Más de medio millón de historias en casi dos décadas, sin embargo, nos demuestran que no hay sustitutos para la cuidadosa relación entre realidad e imaginación que converge en la escritura creativa.

Como Escondida | BHP, nos enorgullece estar desde su origen en un proyecto que, a estas alturas, se ha instalado definitivamente en el imaginario de la ciudad. Estamos convencidos de que estas iniciativas que fomentan la participación ciudadana, el pensamiento crítico y la creatividad son más importantes que nunca.

ESCONDIDA | BHP

La decisión de escribir un cuento en cien palabras puede parecer simple, pero en ese gesto hay una acción compleja: la de expresar, desde lo más íntimo, nuestra visión del mundo.

Este libro es un viaje por los textos de quienes se atrevieron a plasmar su visión sobre Santiago. Una muestra de cien formas de habitar la ciudad, algunas veces luminosas, otras más oscuras. Problemáticas que muchas veces observamos como meras cifras en los titulares de los diarios, toman forma en los cuentos contenidos en este volumen, que nos hablan de la profunda soledad de los adultos mayores, la integración de los migrantes a nuestra sociedad, el movimiento feminista o las grandes marchas. Ya sea desde la ficción o la no ficción, cada relato cuenta una historia personal, única e invaluable.

Como Fundación Plagio creemos que proyectos como SANTIAGO EN 100 PALABRAS son vitales para la construcción de una ciudad plural y heterogénea. Todas las

iniciativas impulsadas por la fundación tienen como eje permitir a los ciudadanos conectarse con su propia creatividad, generando espacios participativos a partir de la creación artística. En este momento de despertar social, de cambios y cuestionamientos, instancias como estas son importantes para promover el encuentro, el diálogo y la reflexión, especialmente en una ciudad tan grande, diversa y desigual como Santiago.

Cuando comenzamos con este proyecto, no nos imaginamos lo que significaría para miles de personas, que encontraron en nuestros concursos EN 100 PALABRAS una forma de expresar sus anhelos, esperanzas y frustraciones. Ahora que lanzamos nuestra versión XIX, nos damos cuenta de que Santiago no es el mismo, y que el concurso es más necesario que nunca para dar voz a los habitantes de esta ciudad. Voces que se escuchan hoy más fuertes que nunca.

FUNDACIÓN PLAGIO

Permiso, mijito

Ahí la ves, en el paradero de tu casa, se nota tranquila con su chalequito gris y zapatitos de tacón bajo. Una abuelita común y corriente. Sube calma hacia dentro del transporte pero, al verse acorralada frente al torniquete, no lo piensa dos veces y se despegas del suelo. A su izquierda, chauchero en mano, se agarra de los fierros y con su derecha sostiene su bolsito. Se deja caer tal gimnasta rusa, ligera y silenciosa. Se arregla su pañuelito y con calma le susurra de forma cómplice al conductor: «Permiso, mijito».

DIEGO GONZÁLEZ MOLINA, 16 años, La Granja.

Indiferencia cósmica

Un asteroide, cuyo diámetro no superaba los ochenta metros, pasó a ochenta kilómetros de la Luna, en una dirección contraria a la de la Tierra. El centro de gravedad de dicho objeto fue tan potente que logró mover 0,2 milímetros la órbita lunar. El fenómeno provocó una hermosa luz color naranja, a las 19:00 horas, en el cielo de Santiago, que vi desde Providencia, durante el *happy hour* del *after office*.

DANIEL PONCE GREENE, 25 años, Peñalolén.

Vamos a la Blondie

Hoy es sábado y voy a ir a bailar a la Blondie, tomaré el metro y me bajaré en la estación ULA y seré toda una diva dark. Adentro ya suena INXS, me pido una piscola y conozco una chica que se llama Judith, tiene el pelo melena con flequillo y un cierto parecido con Mia Wallace. Me invita a bailar, a mí no me gustan las niñas pero ella es especial o espacial. Me dice que soy bonita y me regala una pulsera con olor a chicle. Es de noche en Santiago y no quiero despertar.

PAULA SANTIBÁÑEZ LEIVA, 32 años, Santiago.

Hora punta

PREMIO AL TALENTO BREVE

Estábamos todos tan apretados que por educación no pude evitar presentarme.

VALENTÍN BLÜMER STEWART, 20 años, Recoleta.

Un completo

Eran las 5 am. En el viaje pensó en cómo ella estaba un poco más flaca y él un poco más gordo. Despertó en la bencinera y se bajó. Miró las vienasas crudas girar, como diciendo: «Nos falta al menos media hora». Se quedó un rato con la frustración, cuando el tipo de la izquierda sacó una pistola y apuntó a la cajera. En la entrada, otro tipo encapuchado. «Oh», pensó. «Permiso», le dijo al de la entrada, le tocó gentilmente el hombro y caminó al auto dando un saltito. Ya no tenía hambre. Ya no pensaba en su ex.

JAVIER MANRÍQUEZ PIÉROLA, 29 años, Providencia.

Peligro de derrumbe

Se cierra el puente de los candados hasta nuevo aviso, se solicita a los amantes cumplir sus promesas, puesto que el pobre puente ya no puede más con el peso de tantas desilusiones.

CATALINA GONZÁLEZ SOTO, 22 años, Ñuñoa.

El legado

En la iglesia de San Francisco siempre me faltó el aire. Como acólito ya de once años, y favorito del cura regente, para las misas me tocaba hacer sonar las campanillas, mover el incienso y un sinfín de cosas. Al atardecer, ya libre, corría e intruseaba por los corredores crujientes y con olor a cera eterna. Un día de descuido bajé al subterráneo a husmear. El olor a gabardinas y cemento eran asfixiantes. Sudé como nunca. En el piso, una foto polvorienta. Era el cura sin hábito junto a mi madre bautizando a un niño.

RODRIGO OLIVARES CORNEJO, 50 años, Santiago.

Bienvenida

La señora Marilú comienza temprano su jornada de recolección en el peladero de Aillavilú, sin olvidar el ritual del cortito de vino para el frío y el beso morado que deja en la frente helada de su marido. Su mano desplaza la publicidad de primavera/verano de un retail que improvisa la puerta de su nido informal. Mientras se arma de un coche de guagua y un cuchillo sin filo, mira el paisaje y nota cómo se extienden los montículos de objetos y la llegada de vecinos nuevos, a los que invita a degustar un vinito frente al fuego de otoño.

CLAUDIA QUELEMPAN VALLADARES, 20 años, Padre Hurtado.

Los venezú

Aunque me quede un poco más lejos, me gusta ir al almacén en que atienden los venezolanos. Y es que ese «¡Feliz noche!» no tiene precio.

MELANIE ALDUNCE JEANMAIRE, 26 años, Cerrillos.

Combinación

Comienzan a prepararse y se da la largada a la carrera. En el primer lugar, Morena Bonita, casi sobre la línea. La pasa por fuera Vieja Viva y queda en primera por medio cuerpo. Tercero, Flaco Simpático. Le siguen Mocososa Mañosa junto a Madre Cansada. Voy en sexto lugar por una cabeza. Me siguen Hippie Canoso y Pingüino Pavo a cuerpo y medio. Paso a Flaco Simpático, que quedó mirando un afiche. Al entrar a tierra derecha acorto distancia y faltando un par de pasos llego primero, justo antes del cierre de puertas.

JORGE SCHULTZ SORIANO, 38 años, La Reina.

La vendedora de sopaipillas

Gladys vende sopaipillas en el puente Pío Nono. Llega a las ocho de la mañana para ofrecer desayuno y se queda hasta las doce de la noche, cuando ya hay pocas personas en las calles. Le gusta el sonido de las micros, porque le recuerda su infancia: su papá era micrero y los días domingo la llevaba en sus recorridos por el centro. A veces, Gladys sueña con haber sido cantante. Cuando despierta con ánimo, canta junto a su carro de sopaipillas. Eso sí, nunca frente a sus clientes, porque le da vergüenza.

SEBASTIÁN LEÓN PINTO, 42 años, Providencia.

Walking Dead

El Walking Dead es el rey de la cuadra, siempre se le ve al costado del condominio durmiendo la mona o descansando sus ondulantes piernas cojas dañadas por el tiempo y los fríos inviernos. Su familia son los perros vagos y los harapos sobre un colchón tirado en la cuneta: única riqueza que le hemos visto atesorar. Nunca pide limosna, nunca pide comida, solo camina y camina mientras menea su botella y empina su tinta soledad callejera.

PAULA SILVA LOBOS, 35 años, Ñuñoa.

Lorena

Como quien se persigna ante una iglesia, flores en mano y gomina en el pelo, don Pablo mandaba un beso al cielo cada vez que pasábamos por Cementerios.

DENISE MIGUELES GARCÍA, 29 años, Santiago.

Puntaje nacional

Abre y es la Dani, toda machucada. Está perdiendo la guagua. La sube al camión y parten al San Juan de Dios. Allí la deja con la mami y Manolito, que no se puede quedar solo. Son las cuatro y media de la mañana, ya no durmió. Parte a la casa a cargar los doce sacos, luego a La Vega. Allí los descarga con don Bartolo, que le ofrece un tecito y una marraqueta, se seca las lágrimas de pena y sueño y le pregunta si acaso tiene un lápiz mina, que tiene que ir a dar la PSU.

CRISTIÁN IRRIBARRA LÓPEZ, 24 años, Santiago.

Inmigrantes

En la comunidad, para llamarle fácil, le nombramos Micke. Tiene nombre gringo, es de color. Trabaja hace un tiempo de conserje. Desde la caseta, a través de los cristales, saluda con una gran y blanca sonrisa. Otras veces se acerca, ayuda con las bolsas de basura que llevamos al contenedor, no sin antes dar un fuerte apretón de manos, acompañado de un abrazo. Un día lo encontré a la salida del turno; iba adelante en su bicicleta, pedaleaba fuerte, se soltaba del manubrio y abría sus brazos como queriendo volar. Por algún momento, anónimamente, sentí su felicidad.

ROMÁN CAMPUSANO RUILOVA, 59 años, Estación Central.

Rosa

Rosa iba en la micro que se va por Camino a Melipilla. Rosa se bajaba en Ciudad Satélite. Rosa iba con su hija. Yo iba parada al lado de donde estaba sentada Rosa. Rosa me preguntó en voz baja dónde íbamos. Rosa no quería que su hija escuchara. La hija me dijo que Rosa estaba loca. Rosa me tocó la guata para sentir a la Julieta. Rosa se quería parar para darme el asiento. Rosa, con gestos, me dijo que su hija estaba loca. Antes de bajarse, Rosa me dio las gracias. Rosa tenía Alzheimer. Rosa ni siquiera era Rosa.

CAMILA ITURRA TAPIA, 23 años, Padre Hurtado.

El Ñaja

Al Ñaja siempre le hicieron burla por su labio leporino. Se hizo alcohólico y andaba botado por las calles. Un día apareció muerto a la vuelta de la esquina. Siempre me pregunté si en su mente las palabras las pronunciaba bien.

ROBERTO CAMUS CASTRO, 61 años, Macul.

Estética del dolor

SEGUNDO LUGAR

En una antología de poesía china (s. II–VI), leo textos que se titulan: «Suplicando por comida», «Sed», «La muerte de un niño». Durante el desarrollo de la guerra contra los hunos, algunos de estos autores escribieron sin saber que sus poemas ocuparían mi atención una tarde de ocio en la biblioteca pública. Y aunque esos ideogramas, exactos en su dolor y en sus imágenes, son probablemente el testimonio de la derrota de todo el género humano, no puedo dejar de pensar que se estamparon en el papel usando un pincel de pelo de cabra negra.

CÉSAR CABELLO SALAZAR, 42 años, Ñuñoa.

Departamento 9999/Estación Central

Decidimos vivir en estas habitaciones endebles, levantadas al resguardo de grandes avenidas de tránsito infinito, porque queremos vivir lo más cerca posible los unos de los otros, para sentir otra respiración en el departamento de al lado, con otro cuerpo similar al de uno, agitándose fatigada en otro insomnio, repitiendo para nosotros: «Será hasta mañana».

DAVID ERRÁZURIZ MONTANARES, 27 años, La Florida.

Hallullas calientes

PRIMER LUGAR

Comprábamos pan en la panadería de Marín, esa que quedaba a dos cuadras y estaba cerca de los moteles. Esperábamos que salieran del horno y nos volvíamos caminando mientras pellizcábamos la misma hallulla. Un poquito tú, un poquito yo. El amor quizá era eso, compartir a bocados mientras caminábamos sin saber muy bien a dónde ir.

CATALINA HERNÁNDEZ HORMAZÁBAL, 27 años, Providencia.

Ilustración de Silvana Youlton.

PANADERIA



Mi tío

Mi tío camina como si el pasado le doliera, literalmente: un día le duelen los gritos de mi abuela en una pierna. Los martes le duele la dictadura en las manos, dice que es porque le pusieron corriente. Los viernes le duelen los ojos, por el perro que se murió el año pasado. Los sábados le duele el corazón, por todas las veces que mi abuelo le pegó curado. A veces pienso que si el alma fuera un órgano, también le dolería. Los domingos, eso sí, amanece sano: dice que nada malo le ha pasado un domingo.

RAYEN BRAVO VERGARA, 25 años, Curicó.

Perdona nuestros pecados

Mi mamá mira la tele. Una escena de dos mujeres besándose aparece de pronto. No piensa ni un segundo y dice con odio: «Qué asco». Me mira esperando que le diga algo, que repita la frase o que la apruebe. Yo solo pienso en que necesito un clóset más grande.

VALENTINA GODOY LÓPEZ, 22 años, Melipilla.

Por apurarme

Se me habían caído las tres monedas debajo del mueble del pan, en la panadería de la esquina de la calle. Era esa hora en la que todos iban a tomar once y yo estaba haciendo taco, mientras buscaba cada una de las monedas de debajo del mueble. Una señora hasta me pisó un dedo, yo creo que a propósito. Me encontré un billete de veinte, además de las tres monedas de quinientos pesos. Compré una ronda de pan para todos, como en las películas, menos a la señora que me pisó el dedo. A esa nica.

PABLO SAGREDO CÁRCAMO, 29 años, Osorno.

WiFi

Nuestra gata se llama WiFi, porque se la robamos a los vecinos. No era nuestra intención, pero ella entraba... despacito... por la ventana de la cocina –le llamábamos la gata Fonsi. La encontrábamos en el sillón, sobre la tabla de planchar, tomando agua en el lavamanos. La devolvimos muchas veces a su casa. Después la empezamos a querer. Comía, se iba... y volvía. Definitivamente se cambió de domicilio. Una mañana sentimos que los vecinos se estaban mudando. Cerramos puertas y ventanas y esperamos en silencio con la WiFi abrazada. Se fueron y la dejaron, respetaron su corazón.

LUIS ALBERTO TAMAYO, 58 años, Peñalolén.

La abuelita

Cada vez que voy a ver a mi abuelita, me doy cuenta de que está más chiquitita. La última vez la encontré en el jardín jugando entre las flores; medía cinco centímetros, usaba una corona y le habían salido alitas.

TRINIDAD BÓRQUEZ LÓPEZ, 22 años, Santiago.

Bacán

Se sacó las zapatillas y los calcetines, porque los choros siempre peleaban a patapelá, y él era un don choro, con cartel de bacán con las minas, el copete y la falopa. Se enrolló la polera en su mano derecha y se fue encima de su rival. Los cortes se escucharon en silencio. Solo resoplidos buscando aire y fuerza cuando la carne recibía las caricias del puñal. Cuando se dio cuenta que la cosa se ponía negra, de su pantalón extrajo la pistola y vació el cargador. Los tiempos cambian, loquito. Ahora solo interesa ganar como sea.

LUIS ANTONIO ARENAS GODOY, 73 años, Ñuñoa.

Cena familiar santiaguina

Y la cámara lenta se encendió igual que el otro día. Vi venir hacia mí el brillo de la copa, cómo el burdeo del vino teñía el piso, los pedazos de vidrio recién esquivados por toda la cocina, mi madre paralizada con sus ojos de lechuza, el olor del microondas calentando las lentejas y el sonido de la cancioncita de las noticias. Menos mal me puse el pijama y no se ensució el uniforme, pensé. Papá, mejora tu puntería.

PAULA OYARCE VÁSQUEZ, 22 años, Puente Alto.

La última pichanga

Se juntó con sus amigos de siempre, a la hora de siempre, en la plaza de siempre. Llegó cuando ya había empezado y no fue nada nuevo, los más guatones al arco y los dos mejores repartidos para cada equipo. Estaban todos sus amigos del barrio. Ganó tres a dos, se despidió de sus amigos y se fue para su casa. Nunca supo que sería la última pichanga antes de cambiarse de casa, tampoco supo que sería la última vez que los vería.

CLEMENTE ROJAS PAZOLS, 16 años, Las Condes.

Mi hermano Chago me enseñó

Tenía nueve años y el Chago catorce. Venía la Navidad y me invitó al centro a vender unos juguetes que había comprado. Nos fuimos con dos bolsos llenos, y después de buscar dónde, nos instalamos tímidamente en un rincillo del Pasaje Matte, en la Plaza de Armas. Pasado un tiempo, nada vendíamos. «Grita», me decía, y yo no me atrevía. «Grita tú», le contestaba. Y ninguno lo hacía. Pasaron un par de horas y... por instinto, salieron nuestras primeras voces promotoras, y comenzamos a vender. Terminamos con los bolsos vacíos, contentos, y ganancias para compartir entre los ocho hermanos.

JOSÉ VEGA SEPÚLVEDA, 66 años, Ñuñoa.

Famoso anónimo

Cada vez que Jean subía al vagón del metro, pensaba en las estrellas de Hollywood y concluía que ser famoso no debe ser tarea fácil. Sentir que las miradas se posan sobre uno y oír los murmullos de algunos pasajeros puede llegar a ser muy agotador. Decidía entonces refugiarse en su teléfono, donde buscaba una imagen o una melodía que lo transportara al anonimato de su querido y lejano Haití.

CLAUDIO SANHUEZA RODRÍGUEZ, 36 años, El Bosque.

Equivocado

El Feña llevaba cinco años enamorado de la misma mina. La conoció en segundo medio, nunca tuvieron nada, pero fue como si lo hubieran tenido todo. Él creía fervientemente que esa era la mujer de su vida, que por inmadurez no funcionó entonces y que sin lugar a dudas el destino los juntaría otra vez. En el metro siempre pensaba en cómo reaccionaría si la viera, siempre la buscaba entre la gente. Un día jueves se la encontró en el patio de la universidad, se saludaron. Ella no se acordaba de su nombre, él no sintió nada.

KATHALINA MALHUE ESPINOZA, 20 años, Pudahuel.

8M

Le tomó las manos y le dio un beso en la mejilla. Miraba emocionada las noticias por la tele chiquitita que había en la cocina. Dio un respingo cuando se dio cuenta de que era la primera vez que no le pedía a su hija que se cuidara.

JOSEFINA ONETTO NOVA, 20 años, Las Condes.

Intención

Siempre tuvo la curiosidad de saber qué era lo que hablaban con él. Volvía del trabajo por la Alameda y por primera vez se dio el tiempo de sentarse junto al anciano al costado de la iglesia. Le ofreció un pan con queso y jamón que tenía y, para su sorpresa, luego de un abrazo, el anciano fue quien terminó diciendo que ya era tarde y que tenía que irse.

HERNÁN CONTRERAS GONZÁLEZ, 28 años, Santiago.

Daniel Zamudio

A veces los veo tomando en el parque, a veces bailo entre ellos sin que se den cuenta. Los observo, escucho sus historias, me enternezco hasta el infinito. Si llegan a estar mal, me quedo con ellos o los acompaño a sus casas. Ellos no saben que estoy ahí, acariciando sus brazos, susurrándoles aliento, pero no puedo evitarlo. Yo también sé lo que es estar solo y sentir miedo.

SEBASTIÁN ALVARADO FUENTES, 29 años, Macul.

La gozadera

La vieja vivía sola hacía siete años. Le gustaba jugar a las cartas, tomar vino e ir a la iglesia. Madrugaba antes que el sol y se ponía en la feria los martes y jueves a vender cosas usadas para ponerse al día con las otras viejas copuchentas. La pensión con suerte le alcanzaba para el agua y la luz, pero tenía cómo arreglárselas. Se pintaba las uñas, se ponía perfume y salía todos los viernes a bailar. Llegaba siempre cansada, prendía un cigarro y pensaba: vieja estará la ropa, pero no mi corazón.

VICTORIA LESLYE ROSSI, 18 años, San Miguel.

Ausente

Mi mamá me contó que mi papá es conserje en un edificio de Gran Avenida. Me costó hartó tiempo encontrar la dirección. Un día decidí ir a verlo. Me puse mi mejor ropa y ordené mi pelo con varias trabas. Para mi mala suerte, no estaba, pero en el escritorio de su caseta encontré un desodorante Axe, una empanada de pino a medio comer y *El Mercurio* abierto en la sección de negocios. En la tele estaban dando Los Simpson. Pensé en dejarle una nota, pero me arrepentí. En vez de eso, puse el programa de La Jueza.

PAULA LOYOLA MOLINA, 26 años, Peñaflores.

Homeworking Peñalolén

Mi vecina trabaja desde su casa. Tres días a la semana viene un entrenador personal y hace ejercicio en el patio. A él nunca lo he visto. Algunas tardes presto atención a las instrucciones que le da: «Junta las rodillas y ponle uno y medio». Tiene acento venezolano. Me gusta imaginar cómo es. Físicamente, quiero decir. Una mezcla de Nicolás Maduro con Carlos Baute, un recio bigotudo con labios carnosos. Como sea, a ella le hace bien el ejercicio, se le nota. Siempre está de buen humor. Por las endorfinas.

DANIEL ROVIRA GARCÍA, 39 años, Peñalolén.

Jornada completa

Los Rarrá, conocidos en San Miguel como los hermanos Ramos Ramos, corrían para todos lados. Se decía que se hicieron «famosos» después de una vez que, jugando por el edificio, se cayeron por la ventana y se salvaron por amortiguar con unos cables de poste. Comían pan con sandía. Uno calzaba 30 y el otro 37, por lo que compartían zapatos de colegio número 35. Uno estaba inscrito en la jornada escolar de mañana y el otro en la de tarde. Luego de que la jornada se extendió, solo se podía ver al más desordenado escupiendo pepas por ahí.

JAVIERA PINO VALENZUELA, 26 años, San Miguel.

Con afeksyon

«¿*Kòman ou ye?*» «*Byen*. ¿Sabe créole?» «No, pero mi psiquiatra me indicó que si el metro se detenía en el túnel, tenía que distraer mi mente. Por eso te hablo. Es que tengo claustrofobia... ¿Entiendes?» «Sí, *klostwofobi*». «¿Qué te parece raro de Chile?» «Mujeres siempre me tocan pelo. ¿*E ou?*» «¿Yo, qué encuentro raro de los haitianos? Se caen los patos asados y andan tan abrigados». «*Se vre*». «Ay, qué bueno, ya se mueve...» «*Li t'ap bon sim' te ka manyen cheve ou*». «Uy, no te entiendo. Escríbelo aquí, en el traductor»: «Sería lindo poder tocar tu pelo».

PAMELA RILLON OPORTUS, 50 años, Las Condes.

Rara

TERCER LUGAR

Siempre he sido una bicha rara. Con un nombre extraño inventado por mi madre soltera, me crié en la casa de mi abuela entre cuyes, gallinas, perros, gatos y loros. Tengo un dedo largo en el pie por el cual mi tío desde chica me hizo *bullying*. Fui a un colegio de monjas en Estación Central donde era la guacha alta que siempre hacía de hombre en las obras. Ahora vivo en Punucapa y sigo siendo un bicho raro para las vecinas porque toco la guitarra, converso con las plantas y entran más mujeres que moscas a mi casa.

YERTHI GERLACH ESCUDERO, 25 años, Quinta Normal.

Ilustración de Ignacia Ruiz.





Historia de Instagram

Caché que mi polola se estaba saltando mis historias de Instagram. La verdad, hubiese preferido una infidelidad.

ALEX TRINCADO SALVO, 17 años, Puente Alto.

Buen provecho

En el invierno cinco peces rojos fueron traídos a la piletta del patio de este pequeño hotel estilo francés. Hoy, mientras son alimentados por las mucamas, veo tres peces vivaces. Uno, a causa de una deformidad en la boca, nunca creció; el otro tiene un tumor en la cabeza y no me explico cómo sigue con vida. Continuando con la reducción de gastos que exigen los inversionistas, alimentamos a los peces con los restos del gerente, quien, en una crisis de estrés, se ahorcó en la cava la semana pasada.

ANDRÉS NAVARRO HARKER, 33 años, Providencia.

Good morning

Se desliza serpenteando entre los cuerpos dormidos de sus hermanos menores, apiñados sobre el colchón mal oliente, cubiertos con ropas y trapos para capear el frío. Se viste con la misma ropa de todos los días, como un superhéroe. Cubre con las mangas de su blusa las huellas moradas del amor histérico de mamá, se limpia la carita con un trapo mojado, se ordena los tiosos cabellos con las manos y los ata con un trozo de cordón. Confirma su existencia en el espejo quebrado de un cacharro abandonado a media calle. Sonríe; hoy tiene prueba de inglés.

YOLANDA GONZÁLEZ RAMÍREZ, 54 años, San Bernardo.

Primavera

Veintisiete paraderos después, la chinita decidió que este era el suyo, y salió por la ventana.

MARTÍN BERLINER ITURRA, 18 años, Santiago.

Gabardina escocesa

Todas las mañanas siento un aliento cálido golpeando mi nuca. En el metro, el hombre de gabardina escocesa se apoya justo tras de mí. El olor de su cuerpo me encabrita. No me atrevo a girar la cabeza. Prefiero cerrar los ojos y sumergirme en la espesura. En realidad, no sé si usa gabardina escocesa. En mi mente aparecen distintos signos. Algunas veces imagino que una amplia nariz desborda su rostro. Otras veces presiento que un cuidado bigote corona su boca. Sinceramente, no sé si es hombre. Tampoco sé si viajamos en el metro. Poco importa. Su aliento me enrojece.

PABLO AYENAO LAGOS, 36 años, Temuco.

Población La Victoria

A las 11 pm del día 30 de octubre, los niños y niñas del Pasaje Acevedo corrían detrás de una pelota sin saber quién era el anciano que estaba retratado, barbuda y pintorescamente, en el mural más cercano. Los más veteranos se referían a dicho anciano como «don Carlos Marx», mientras que el universo de niños y niñas gritaba a los cuatro vientos: «¡Miren, el Viejo Pascuero!».

ALONSO MARTÍNEZ CRUZ, 19 años, Peñalolén.

Infinito

PREMIO AL TALENTO INFANTIL / PREMIO DEL PÚBLICO

Tres cosas no se van a acabar nunca: las estrellas, los números y las arvejas en el plato.

ÁNGEL REVECO SALAZAR, 7 años, San Miguel.

El libro de los secretos

Danielito, el menor de la señora María, la del cité de al lado, entró en el almacén como si fuese a vivir la aventura de su vida. Con una inocente mezcla de sigilo y vergüenza esperó a que todos los clientes se fueran y, tomando aire, como juntando valor, le dijo a la dueña: «Señora Ana, dice mi mamá que le mande medio kilo de pan, un cuarto de cecina, un dulce de a cien y que lo anote en el libro rojo, por favor».

JONATHAN LUKINOVIC HEVIA, 33 años, Santiago.

Lo sospechaba

Justo cuando venía la micro, me abrazó fuerte y me dijo:
«Mi perro nunca te quiso».

MAURICIO MONDATI, 38 años, Ñuñoa.

Ropa nueva

En el primer acto, la mamá saca toda la ropa «de hombre» del clóset de la Fabi. En el segundo acto, la mamá regala toda esa ropa y le dice a la Fabi que se vaya a comprar ropa de señorita. En el tercer acto, Fabi va de compras. Elige un polerón, un jockey, suspensores y camisa. En el cuarto acto, la mamá mira la ropa nueva y se enoja con la Fabi. En el quinto acto, la Fabi desaparece. Y del clóset sale Fabián, con una etiqueta gigante y olor a nuevo, igual que su ropa.

JAVIERA MORA GÓMEZ, 26 años, Las Condes.

La peor tarea

Un día tenía que hacer una tarea y la terminé. Al otro día la fui a buscar y no estaba mi cuaderno: descubrí que mi perro se la había comido. Al día siguiente mi perro murió. Creo que mi tarea estaba mala.

THIAGO ACOSTA, 13 años, La Granja.

Fila

Claudia hace fila para ducharse en la mañana. Fila para tomar la micro que la acerca al metro que la acerca a la pega. Fila para calentar el almuerzo en el único microondas de la empresa. Sale. Fila para tomar el metro que la acerca a la micro que la acerca a la casa. Hace fila para pagar el pan para la once. Llega a la casa. En el suelo quedan en fila los zapatos, el bolso, el chaleco y algo más. Se acuesta. Toma una fila de pastillas y en el celular coloca una fila de alarmas para despertar.

DANIEL ÁLVAREZ LEYTON, 29 años, Santiago.

En su ausencia

Todas las mañanas, Joaquín revisa en internet la portada de *La Segunda* del 7 de mayo del 2008. Extraña a sus dos amigos, el Lucho y el Tito. Dicen que el Tito se fue a Argentina, pero Joaquín sabe que es mentira, que el Tito es un viajero en el tiempo. Lo único que Joaquín no sabe es cuánto le tomará llegar al 2008; por eso, cada mañana abre la portada del 7 de mayo, a ver si cambió. A ver si de una vez por todas deja de decir: «Motociclista ebrio se revienta los sesos contra dependencias del Mineduc».

DIEGO BECERRA QUISPE, 25 años, Providencia.

8M

Entremedio de la gente la vi. Imposible no reconocerla, si fue la primera que me dijo «guatona» en mi vida y que siguió haciéndolo hasta que me fui de ese curso. Ahí estaba, con un cartel en la mano. Me acerqué y la saludé: «Hola, Teresa», le dije. Me miró sin reconocirme. «Soy la guatona del 7º B, ¿te acuerdas?» Desconcertada, me abrazó y me dijo: «Discúlpame, Sandra». De repente nos rodeó un bullicio que no me dejó escuchar lo que me siguió diciendo mientras se alejaba caminando por la Alameda. Nunca es tarde para volver a tener un nombre, pensé.

CAROLINA CASTRO ZAMORANO, 41 años, Ñuñoa.

¿Dios existe en el Infierno?

El cura que nos viene a ver a la cárcel es buena tela. Lo molesto con preguntas difíciles, le pueblo la mente, como decimos en cana. El otro día le dije que Cristo murió ateo, porque, como cualquier persona torturada de esa forma, se pregunta al final de su martirio: «¿Padre, por qué me has abandonado?» Me quedó mirando y me dijo: «Eres bien diablo tú, oye...» La última vez que vino al módulo, el padrecito me dijo pa' callao: «La Justicia es una serpiente que siempre muerde a los que andan sin botas». Me dejó más pa' dentro.

DANIEL ROSALES GONZÁLEZ, 46 años, Puerto Montt.

La chimenea de la Sumar

PREMIO AL TALENTO DE BARRIO

Junto al Zanjón de la Aguada jugaban los cabros chicos. Usted no me va a creer, pero para cazar guarenes usaban arcos con flechas de sauce quemado. Poco más allá los vecinos esperaban sobre el puente las bofes que venían del matadero. Todo iba a parar al canal. La chimenea de la Sumar humeaba despacito. Ahí fue la balacera, en el setenta y tres, por la resistencia de un puñado de obreros. Será por eso que me quedo mirando el Mapocho, largo rato. Cuando viene caudaloso se arremolina. Y parece que veo bofes, frazadas, cartas de amor, cuerpos de gente.

MARCELO ZURITA VÉJAR, 61 años, San Miguel.

Ella

«¿Quién es ella?», me preguntó muy serio, mientras observaba a mi mamá atravesar la pieza trayendo la bandeja con el almuerzo. «Papá, ella es la Negra, su mujer desde hace casi cuarenta años», le respondí, mientras lo ayudaba a sentarse en la cama para comer. Su mirada cansada y perdida se iluminó por algunos segundos, como si la reconociera de golpe. «Mucho gusto, señora», le dijo, sonriendo.

BÁRBARA GARCÍA SEPÚLVEDA, 39 años, Ñuñoa.

El final

«Siete a diez días», estimó el doctor que acompañaba a la policía. El hedor de la muerte ya inundaba el espacio y se impregnaba en todo lo que tocaba. Enjuto, frío, olvidado. Sentado en su sillón, rodeado de los recuerdos de una vida, después de una batalla de noventa años y pudiendo librar otros cuantos; al final, al viejo se lo llevó la pena, la soledad. Lo habían abandonado todos; incluso los más remotos espíritus de esa mágica y antigua casona de Quinta Normal, tapiada en colecciones, se habían marchado. Fue a su tiempo, sin testigos, sin despedidas.

ALEJANDRA LÓPEZ FUENZALIDA, 38 años, Santiago.

Racismo

Menospreciado y denigrado, solo por ser de color. Cruza silencioso la capital de un extremo a otro sin detenerse, con su carga a cuestas. Los que lo ven no pueden con su prieto aspecto. ¡Qué sucio!, ¡qué feo!, ¡seguro tiene infecciones! Todos pasan y le escupen su color a la cara. Hay quienes defendemos a las minorías por sobre las apariencias. ¿Cómo poner un tapabocas a estos seres prejuiciosos? ¿Cómo gritar en sus caras: «¡Acaso el color es tan importante!»? Piedad, es solo un río cargado de sedimentos andinos. No seáis crueles y llamadle por su nombre: río Mapocho.

MIGUEL ORTIZ LABARCA, 39 años, Recoleta.

Inseguridad

Siempre que camino miro atrás, siento que perdí algo; abro mi billetera, está todo, la cierro y sigo caminando. Llego a mi casa, saludo a mis tatas, a mi mamá, a mi tía y a mis primos, me siento y recuerdo la tarea del martes pasado –tengo mucho que hacer–, mientras intento recordar qué perdí... Nunca lo recuerdo, algo falta, y siempre miro atrás.

MATEO TORRES SALAMANCA, 15 años, Macul.

Tan cerca. Tan lejos

MENCIÓN HONROSA

Nació el 19 de enero de 2017 en el Centro Penitenciario Femenino de San Joaquín, donde su mamá cumple condena. Fue el nacimiento número dos en las cárceles del país ese año y se sumó a los treinta y tres niños y niñas que ya habitaban ese lugar. Todo su mundo se ha construido allí, entre esas paredes. No le gusta el color verde en la ropa ni el sonido de las rejas cuando se cierran. En cambio, le encanta mirar el cielo en el pequeño tragaluz del patio y tomar sol sentado en el cemento junto a su mamá.

ANGÉLICA RAMÍREZ VALDÉS, 26 años, Conchalí.

Ilustración de Antonia Grun.



Jugando en el Veinte

Me llamo Daniel y vivo en Veinte de Enero. Después del colegio juego en la calle con mis amigos a las guerras, usamos arcos sin flechas y metralletas. El predicador pelao de al frente ama tanto a Dios que a veces le grita desde la esquina, sin polera: «¡Te amo, Señor!», mirando la cruz del cerro Renca. El abuelo de al lado es curao y siempre está en la reja mirando algo, nos tira las cajas de vino pal patio, pa' que no lo pillen que está tomando. Mi mamá se enoja.

ANAHÍ ROJAS HERNÁNDEZ, 31 años, Quinta Normal.

La última película

No sabíamos que sería nuestra última película. De ser así, lo habríamos hecho más recordable, no como una película más de *Tardes de cine*. El film terminó. Mi mamá le ofreció once, pero él no quiso. Lo último que supimos es que llegó a la esquina de General Velásquez con la Alameda, se le acercó un auto pequeño, lo metieron a la fuerza y nunca más nadie lo volvió a ver. Hoy en Netflix pusieron la película. Es de las menos vistas. Yo planeo verla en nombre de él y de tantos. No se me ocurre qué más hacer.

VIVIANA GALLARDO HENRÍQUEZ, 32 años, Estación Central.

La ley del más fuerte

Camino en la penumbra de una calle poco transitada. Tengo miedo, no llevo mucho de valor pero la idea de encontrarme con alguien que sea capaz de lastimarme con el único fin de «hacer dinero fácil», sinceramente, me aterra. A lo lejos diviso una silueta, al parecer es un hombre que se acerca. Comienzo a sudar, cada vez hay menos distancia entre nosotros, estamos a punto de cruzarnos y cierro los ojos. Pasó, no me hizo nada; lo miro de reojo, luce débil. Dos segundos y ya tengo mi cuchillo en su cuello. Finalmente le digo: «Pásame todas tus cosas».

AMANDA RAMÍREZ ROSALES, 18 años, Renca.

Manola

Cuando era chica, me dejaban jugar en la calle hasta que los faroles se encendieran. Para poder salir a dar la vuelta de manzana en mi bicicleta rosada, tenía que leerle a mi abuelo diez páginas del libro en voz alta. Él, recostado en una vieja silla de playa, fumándose un cigarro bajo unas parras en el patio de la casa. Al comienzo leía tan lento que mientras realizaba la hazaña se encendían los faroles del pasaje y no obtenía más que un siga participando. Con perseverancia pude lograr leer más rápido, pero ya no está mi abuelo para escucharme.

NATALIA MUÑOZ MONTRONE, 32 años, Lampa.

Volantín cortao

La infancia es un intento de elevar volantines sin que nadie corte el hilo, me dijo mi abuelo mientras mirábamos a un grupo de niños jugando a la pelota en la cancha de tierra.

DANIELA MALHUE URRRA, 28 años, San Antonio.

Mi amigo nuevo

Mi mamá me dijo que me llevaría a conocer el mar. Dice que es cerca y que nos vamos a demorar menos de lo que ella se demora al trabajo. Le dije que invitáramos a mi amigo nuevo, uno que viene de un país que no me acuerdo cómo se llama. Él ya conocía el mar y me dijo que era como una piscina calentita. A mí me pareció que hablaba de una tina. Llegamos y corrió a tirarse al agua, pero se salió tiritando. Su cara me pareció que decía que este no era el mar que él conocía.

CHRISTIAN SMITH MUJICA, 35 años, Santiago.

La guerra de Troya

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Desde lo alto del muro de Troya, Paris se toma una selfie mostrando sus calugas y sus imponentes brazos. Helena lo mira de reojo sin entender qué pasa por la mente del hombre que ella ama. Pero el troyano egocéntrico, sin miedo, sube la foto a Instagram. #Helenaesmía #chao-Menelao #fuerzaHéctor #eltalonesladebilidad . Príamo, su padre, furioso, lanza el smartphome muro abajo. Héctor tropieza con el celular, Aquiles lo mata y la foto alcanza mil likes.

FERNANDA NORAMBUENA TRONCOSO,
17 años, Pedro Aguirre Cerda.

Llegamos bien

Sin decir que estuvimos asustadas desde la Alameda hasta la Gran Avenida, nos miramos como diciendo, aliviadas: «Llegamos bien».

YAZNA ARAYA ZAMORANO, 22 años, Maipú.

Montaña rusa

Cuando era chica mi vieja nos llevaba a los juegos y compraba dulces. Una de esas veces se acercó una gitana a pedirme cabritas. La miré, le saqué la lengua y le grité que se comprara las suyas. Me tomó las manos con suavidad y me susurró al oído que todos mis deseos se iban a hacer realidad. Con el café despertándome en las mañanas todavía me pregunto si me maldijo o no.

NICOLÁS DÍAZ VÉLIZ, 25 años, Maipú.

Danilo

Me da luz roja el semáforo de Gabriela con el Acceso Sur. Un hombre me levanta el brazo haciéndome un gesto para limpiar el parabrisas, niego con la cabeza y miro al frente. Se acerca y dibuja un corazón con lavaza en el vidrio y me dice: «Sonría, mamita, los problemas se acaban, la risa no».

NATALY CÁCERES ZENTENO, 25 años, Puente Alto.

Eran los años cincuenta

PREMIO AL TALENTO MAYOR

A mis doce años nos vinimos a Santiago con mi madre para que yo pudiera hacer la enseñanza media y nos instalamos en un campamento que estaba en la orilla poniente del barrio Franklin. Recuerdo que una tarde: «¡Miguel! ¡Miguel!», grita mi mamita desde la puerta de nuestro humilde hogar, «¡Parece que Lucho Gatica está en la Radio Minería!» Ahí mismo, en el peladero, dejo botada la pelota de trapo y a la patota de amigos. Entro corriendo a nuestra única habitación. Y apego mi oído a la pared de tablas de la casucha vecina.

MIGUEL GONZÁLEZ SAN MARTÍN, 78 años, Puente Alto.

Casi vecinos

Subimos a la lancha que cruza de Copacabana a la Isla del Sol en Bolivia. Yo llevaba un tiempo viajando solo y estaba atento a las conversaciones de todo el mundo, esperando encontrar algún chileno para sentirme en casa. En eso, escuché lo que quería: «Somos de Las Condes, en Chile». «Hola, hola», interrumpí rápidamente, «yo vengo de Conchalí». «Buena, ¿eso queda por Cochabamba?» Me sentí solo de nuevo.

SEBASTIÁN ACEVEDO MARCHANT, 28 años, Conchalí.

Entregado al amor

Caminaba con el celular en la mano, sentí su perfume y levanté la cabeza. Estaba al frente, masticaba sonoramente un chicle. «Te amo», me dijo. Sorprendido, la miré y me percaté que dos tipos me rodearon. «Te amo a cogotearte», complementó. En silencio me entregué.

CRISTIAN HERRERA PEÑA, 42 años, Coquimbo.

Lectura diaria

Leía todo el día... El diario por la mañana, los mensajes de WhatsApp, el relato viral de Facebook, los papeles de la oficina, y a ratos avanzaba en el libro que juró terminar antes de junio. Cumplía su cuota de lectura diaria y, entre letra y letra, la jornada avanzaba rápido. De pantalla en pantalla, de papel en papel, olvidaba leer lo más importante: la alegría en el saludo del conserje, el cansancio de la señora en el metro, la pena en los ojos de su compañero de trabajo y la satisfacción de su esposa al verlo llegar cada tarde.

MARÍA PILAR OYARZÚN NAVARRETE, 37 años, Huechuraba.

La gruta

Mi bisabuela tenía una gruta de piedra en una esquina del patio con una estatua de la Virgen del Carmen. Todas las mañanas colocaba rosas y jazmines del jardín en varios floreros de color. Después de almuerzo, cuando todos dormían, yo daba vuelta a la Virgen para que no me viera y hacía pipí en cada florero. Pasaba la tarde sentada frente a la gruta viendo cómo las flores se iban marchitando. Todos en la familia juraban que iba a ser monja.

ROSA MARÍA LIPS CASTRO, 56 años, Las Condes.

El famoso

Cuando la China puso las noticias en la mañana, vio cómo golpeaban a un delincuente en el Barrio Bellavista, el cual a duras penas logró arrancarse. «¡Rodrigo, eres tú, huevón!», dijo la China, pegándole un codazo a su marido que dormía a su lado. El Rodrigo, con los ojos morados, los labios hinchados y el rostro casi irreconocible, le dijo: «Pa' que veai que soy famoso».

GONZALO MARTÍNEZ RIQUELME, 30 años, La Granja.

El rey mago

Venía vestido de rey mago. Capa, corona, regalo. No pasaba los cinco años y su colegio estaba a un par de cuadras de la casa de mi abuela. Llanto desatado, mocos colgando. Mi abuela tratando de adivinar. Todos los presentes, desconcertados. «Antonio, ¿por qué no estás en clases?» Era mitad de año, su disfraz no tenía sentido. El niño lloraba sin tregua y nadie entendía nada. Yo seguía buscando el camello, la estrella en el cielo, alguna señal... De pronto el niño balbuceó: «Me echaron, tía... Tenía sucio el uniforme y mi mamá me mandó vestido de rey mago».

ALEJANDRA LÓPEZ FUENZALIDA, 38 años, Santiago.

Sin título

Claudio lee a Donoso, a Bolaño y a Zambra en la plataforma digital de la Biblioteca Nacional. No tiene dinero para comprar sus libros. Quisiera ser tan famoso en Chile como lo era en su país, pero reconoce que ahora se conformaría con ser profe de Literatura en alguna escuela pequeña. Sus títulos de magíster y doctorado sin apostillar y sus cinco premios literarios siguen en la maleta, mientras lava platos en el restaurante chino de Bellas Artes y espera día a día a que hoy sí le aprueben la visa. Quizás escriba una novela. Aún no tiene título.

MIREYA TABUAS RODRÍGUEZ, 54 años, Providencia.

Canción de cuna

Mi viejito es nochero y todas las noches, pero todas las noches, me llama para conversarme de sus tiempos, y yo lo quiero harto a mi viejito. Lo escucho. La 324 que tomaba para ir a trabajar al barrio alto, las papas fritas del kiosco verde de Zapadores cuando éramos inmortales. Pisar y pisar Pedro Donoso para llegar a la iglesia, las velitas de Corpus Christi, la barba y el FTR, el sueño, la lectura, los disparos, el humo. El silencio. Yo lo quiero harto a mi viejito. Lo escucho.

MÁXIMO MELLA AHUMADA, 32 años, La Serena.

La segunda oportunidad

Las astillas de hueso comenzaron a recomponerse, dando forma a lo que parecía ser un cráneo humano. La materia gris se reorganizó en sus complejos circuitos internos. Las infinitas gotas de sangre se reunieron en vivo caudal, al interior de la resucitada vasculatura. Volvieron los colores al rostro, el aliento a los pulmones y el brillo a los ojos. Conjuntamente, regresaron al corazón los sentimientos, incluso los que lo empujaron a tomar tan drástica determinación. Los curiosos, aterrados por el portento, intentaron inútilmente averiguar sus detalles. Se puso de pie, los miró con desprecio y se marchó sin decir palabra.

HÉCTOR RUTI ABELLO, 33 años, Independencia.

Ciudad travesti

MENCIÓN HONROSA

Si hay una estación de trenes como centro cultural, una casa de acuñación de monedas como palacio de gobierno, castillos patrimoniales como oficinas o consultas dentales, edificios de la antigua aristocracia como institutos o universidades y estadios deportivos como salas de conciertos, no tiene nada de extraño que la habitación administrada por los curas a la que llegué a vivir cuando era estudiante, en la que perdí mi virginidad, sobrellevé mis primeras borracheras y escribí mis primeros poemas, sea hoy, después de diez años, la cocina de un restaurante de comida peruana travesti.

RAFAEL BERRÍOS PEÑALOZA, 30 años, Santiago.



Jugar a las escondidas

Mirábamos las dos con el mismo afán la bolsa de dinosaurios. Me puse nerviosa, tomé aire y le dije: «A mí también me gustan los dinosaurios». Me sonrió de vuelta, amistad instantánea. Nos gustaba escondernos bajo las mesas y comer tierra, correr hasta que las piernas nos dolieran y meternos en lugares muy pequeñitos. Ella siempre quería esconderse, y esconderse es divertido, dependiendo de quién te encuentre. Una noche, mientras todos dormían, el monstruo abrió sus fauces y la engulló. Cuando el sol salió esa mañana, ella era otra, ya no quería jugar, no jugó más.

CAMILA LUNA MARTÍNEZ, 28 años, Quinta Normal.

Catedrático

Era dueño de toda la Alameda y dos propiedades de cartón corrugado en San Borja. Cuatro títulos universitarios y casi quince perros lo seguían. El viento que no era más que su hermano se colaba en invierno por sus pantalones rotos, pero sus pantalones y el frío los zurcía con el vino y las sopaipillas que intercambiaba con la colombiana del carrito azul por frases de Platón.

FRANCESCA CASTRO VALDEBENITO, 22 años, Peñalolén.

Itadakimazu

Dormíamos bajo el puente, llevábamos días sin probar bocado. Entonces no sabíamos lo que era un roll, ni menos el nori o el surimi. Lo más familiar era el arroz; la palta, un lujo. Teníamos, tristemente, otra noción del sake. Encontrar comida en los contenedores de basura, afuera de una feria otaku en Estación Mapocho, fue parte de un milagro que nunca dejaremos de agradecer.

CARLOS CRISÓSTOMO, 28 años, San Joaquín.

Luz verde

Baila en cada luz verde, en la esquina donde está el supermercado, el Michael Jackson, sin música, obvio. Al poner las monedas en su mano, se ve el contraste entre el metal, la miseria de la vida y la pasta base. Una mano oscura, una piel color calle. Vertedero detrás del súper. Otra vez luz verde, hay gente que lo saluda, parece ser que aún vive en la memoria de algunos. A lo mejor está cerca de lo que antes tenía, pero parece no extrañarlo. Otra vez luz verde. Baila, Michael, tu público te espera.

VICTORIA FÁBREGA OVALLE, 58 años, Puente Alto.

Reencuentro

MENCIÓN HONROSA

Querido cuento, las circunstancias de la cárcel nos separaron; no era fácil atenderte con el *soundtrack* de los insultos y el zumbido de las mujeres esquizofrénicas. Sin embargo, me esperaste, y con la narración pude mirarme en el espejo de los once años y encontrar a mi padre en la magia del pasado. Te conté que él partió de este mundo. Aparecieron pequeños pasos míos, conversaciones y caminatas perfumadas con mar y sal. La mano, la mano grande que tomaba la mía. Gracias a tu creación visité esa niñez olvidada, hermosa como los dedos de mi madre entrelazando mis trenzas.

PAOLA ROMANO, 50 años, San Joaquín.

Lienzos de masa

Me llamo Sopp Aipillert y me considero un artista de vanguardia. Para realizar mis obras de arte uso dos pinturas: kétchup y mostaza. Solo esas dos; no me gusta usar chucrut y tampoco mayonesa, porque no transmiten el sentimiento que quiero plasmar. Los lienzos los consigo en varios puntos de la ciudad, generalmente a doscientos pesos. Sopaipart es algo nunca antes visto y, como fundador del movimiento, me siento muy orgulloso de lo que he creado.

AARÓN POBLETE VELÁSQUEZ, 22 años, Maipú.

Santiago no es grande para todos

Miles de lugares para vernos, cientos para conversar. Veinte comunas para andar de la mano, aunque después de todo lo que hemos visto en las noticias, quedaron como en quince. Ocho parques para poder abrazarnos, pero podrían ser hasta doce si aguantamos que nos miren con aversión. Cinco discotecas para bailar apretado, las casas de nuestros cuatro amigos para besarnos. Tu casa vacía para amarnos, la mía llena para fingir ser amigos.

MARÍA FRANCISCA VILCHES ARELLANO, 23 años, La Cisterna.

Dolor

«Ayer mataron a mi hermano», pinta sobre el muro de la avenida Santa Rosa. «Fue hace diez años, pero siempre será ayer», susurra.

FLORENCIA AMARO MARTÍNEZ, 32 años, Santiago.

Sobremesa

Se van los platos raspados, los conchos de Coca-Cola ya sin gas, los tristes restos de ensalada ahogados en aliño; entra el repiqueteo de cucharitas, la tetera con asa mañosa, la bolsa de galletas surtidas con pinza para evitar el añejamiento. Se van las conversaciones densas, las venas hinchadas de la frente, la pelea que quedó en el aire; entran los pantalones desabotonados, el reportaje del sábado en la tarde y los «bueno, para los gustos los colores».

SOFÍA DÍAZ DÍAZ, 18 años, Ñuñoa.

Sábado

11 de la noche. No se escucha más que la tele. Yo y mi hermano estamos tirados en el suelo viendo *Dragon Ball*. Mi papá llega y nos da un vaso de leche de chocolate y una hallulla con jamón y queso a cada uno, como todos los fines de semana. En la pieza de al lado se escucha a mi mamá gritando, pero mi hermano, igual que siempre, solo atina a subirle el volumen a la tele.

CAMILA TAVERA ÓRDENES, 14 años, Ñuñoa.

Sombras

Los viernes eran tranquilos en el barrio El Llano, todos se recogían temprano antes del toque de queda. Por segunda vez la misma cara arriba de un auto. Rápidamente doblé por Fernando Lazcano, ingresé al Hospital Barros Luco, donde colaboradores, que siempre ayudaban, me hicieron pasar a la pieza de lavado, me recomendaron estar tranquilo, diciéndome que vendrían a rescatarme muy pronto. Pasadas algunas horas se produjo una balacera y gritos que indicaron una emergencia de seguridad al interior del Hospital. Permanecí tranquilo, como lo pedían. El lunes salí junto al personal, que cambiaba las sábanas por la mañana.

ÓSCAR CARPENTER VILLAGRA, 69 años, Chillán.

El colegio

Jugué con los chiquillos en la cancha, salí a comprar pan, hice aseo, cocí las papas de mis calcetines, lavé autos en el semáforo, busqué mis bolitas, escuché la radio del vecino, lustré zapatos, me eché tomate en la cara por el sol que pegaba en la cancha, fui a la feria, me comí un yogur. Y cuando me preguntaron, preferí responder que había ido de vacaciones a la playa.

JAVIERA MAULEN GALAZ, 15 años, Estación Central.

Salida de domingo

Y nos fuimos a almorzar con mi viejita del brazo; el barrio Matadero nos espera, olores, colores, personas que nos ofrecen apetitosos platos. Nosotros, bien tomados del brazo, decimos amablemente «gracias». Siempre vamos al mismo lugar, donde con los años los que atienden ya nos conocen y saben de nuestras preferencias. A mi vieja no se le da muy fácil cocinar, con el tiempo perdió el encanto; tal vez es por cansancio de tantos años cocinando para todos que prefiere tomar la micro e ir a almorzar al Matadero. Le digo bajito al oído: «Vieja, ojalá fuera siempre domingo».

RUBÉN CASTILLO SOTO, 79 años, Pedro Aguirre Cerda.

Manual de tachangou

MENCIÓN HONROSA

No hacer preguntas. No imaginar respuestas. Que ninguno cuente detalles de su vida: eso engancha. Solo la historia de unas horas. No alargarnos, ni dentro ni fuera de la cabeza. Apagar la música de fondo. No teñir de colores el momento. No forzar desenlaces. Entrar y salir del otro, sin dramas. Usar protección y que todo lo compartido pueda irse con una ducha larga y lenta. Luego, no llamar ni enviar mensajes. Un único encuentro. No repetir. Eliminar el contacto. Olvidar su nombre.

MARITZA RAMÍREZ SUÁREZ, 54 años, Santiago.

Bicicleta en sepia

Resulta que no hay dos formas de repartir diarios. Visitar el triste antro celuloide para equiparse, salir y montarse en la mansa bestia bípeda. Echar a andar los pedales a purísima fuerza de espalda, de piernas, de pies, de esperanzas vagas y resignaciones simples. Y largarse por las avenidas, cruzando intrépidamente los cafés y las multitiendas para entrar en un barrio algo más extraño y oscuro. Lanzar un par de diarios mientras sale el sol y la gente. Tapizar las casas en bombas de tinta, en postales y en problemas simple remotos. Volver despacio a la casa.

RICARDO SOLÍS FONSECA, 20 años, Colina.

Recortes

Despierto y salgo al trabajo, hago sonar mis zapatos en el parquet. Me subo a la micro, detengo la mirada en el pelo rizado de una señora. Me saluda una compañera y su rouge se queda en mi mejilla. Mientras trabajo, pienso: «Qué difícil ser mujer». Tomo mi cansancio y lo llevo a la casa. Lavo la ropa. Cocino. Me sacó el sostén y me acuesto. En mi cama, uno todos los recortes y pienso en ti, mamá.

CONSTANZA SÁEZ CHACOFF, 28 años, Providencia.

Destino

Todas las mañanas se despide con un beso de su mujer y de sus hijos. Para él, esta vez, el cotidiano gris de la ciudad se tiñe de colores; mientras conduce su Chevrolet Opala piensa en su nueva designación. «Solo debo hacer bien mi trabajo», murmura sin despegar los ojos del camino. En Londres 38 estaciona su auto, entra a una casa y en la puerta un escuálido conserje lo saluda. Atraviesa el oscuro pasillo y, sobre un catre con somier, ve tendido a quien cambiará su destino para siempre.

ALFREDO SANDOVAL VALENCIA, 50 años, Ñuñoa.

ESCONDIDA | BHP
Y FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTAN

SANTIAGO EN 100 PALABRAS

¡Participa en la nueva versión del concurso!
Del 18 de enero al 8 de mayo de 2020
en www.santiagoen100palabras.cl

PRESENTAN

ESCONDIDA | BHP



PLAGIO
FUNDACIÓN

AUSPICIA



METRO
DE SANTIAGO

MEDIA PARTNERS



publimetr

